

Diario de Burgos Digital

Lunes, 7 de Junio de 2010

Vivir 06/06/2010

El Darwin burgalés

Años antes de que Malaspina recorriera para España medio mundo en un viaje científico, y décadas antes de que lo hiciera Darwin, el botánico y boticario burgalés Hipólito Ruiz dirigió una de las más importantes expediciones del siglo XVIII

R. Pérez Barredo / Burgos

La historia de la Humanidad está repleta de aventuras audaces. El siglo XVIII, no en vano llamado 'de las Luces', fue testigo de unas cuantas, con especial protagonismo del imperio español. La editorial Turner acaba de rescatar del olvido una de aquellas epopeyas: la 'Expedición Malaspina', ejemplo de hito ilustrado en la historia de España, una fabulosa empresa de arte y ciencia que anunció el cambio social y político que vivirían en adelante las grandes naciones. Durante cinco años, entre 1789 y 1794, artistas y científicos viajaron hasta la costa del Atlántico y del Pacífico, donde descubrieron, catalogaron y analizaron la flora, la fauna, los mares, la gente y las tierras de estos lugares. Sin embargo, no fue el primer episodio que, de similares características, puso en marcha el sueño ilustrado español antes de que, varias décadas más tarde, un tal Charles Darwin realizara otro para cambiar las teorías sobre el origen de las especies. Unos cuantos años antes de que Malaspina dirigiera la citada expedición, se produjo otra hazaña increíble, que estuvo protagonizada por un científico burgalés: Hipólito Ruiz López.



Benito del Castillo

Nacido en Belorado en 1754, creció adoctrinado por Basilio López, un tío suyo sacerdote, mostrando desde su más tierna infancia un verdadero interés por la botánica. Tanto, que con sólo 14 años marchó a Madrid para estudiar como practicante de farmacia y bajo la tutela de otro tío, el farmacéutico Manuel López. Con él aprendió Lógica, Física experimental, Química y Farmacia. Realizó estudios de Botánica en el Jardín de Migas Calientes, donde conoció a Casimiro Gómez Ortega, uno de los más prestigiosos botánicos y farmacéuticos del reino.

Tenía el burgalés sólo 22 años cuando recibió un encargo increíble, de una responsabilidad mayúscula: liderar una expedición científica a la América meridional. El rey Carlos III quería incrementar a toda costa la presencia científica y política de España en aquella Europa ilustrada, y no ahorró costes para poner en marcha la misión. La responsabilidad recayó sobre el joven botánico burgalés, y eso que contó con la oposición de su familia, que estimó peligroso para su débil salud -padecía problemas respiratorios- embarcarse en tamaña singladura. Pero Hipólito Ruiz era un hombre emprendedor y ambicioso, definido de esta manera, mucho años después, por su hijo: «en su cara estaba pintada aquella serenidad inseparable de un hombre de recto proceder. Su porte era sencillo con dignidad, su genio franco y muy generoso, pero grave y circunspecto; en sus tratos sumamente formal, veraz y consecuente, fue prudente, laborioso, parco y muy celoso por la gloria de su nación».

Acompañado por otro joven español, José Pavón, dos dibujantes -José Brunete e Isidro Gálvez- y un médico francés, Joseph Dombey, la expedición partió del puerto de Cádiz a bordo del barco 'El Peruano' cargado con papel, libros y prensas el 4 de noviembre de 1777. Seis meses duró la travesía bordeando Tierra de Fuego. Arribaron al puerto de El Callao el 8 de abril de 1778. Los recibió en Lima el propio virrey, Manuel Guirior, y durante varios días hubo fastuosas celebraciones. No empezaron a trabajar hasta el mes de mayo. Para los indígenas, ver a aquellos hombres tan bien vestidos en plena naturaleza era una insólita novedad. Tanto que se ganaron el apodo de 'brujos yerbateros'. Los expedicionarios llegaron a adentrarse en los Andes, la tierra prometida de las plantas, donde encontraron especies medicinales vitales para combatir enfermedades en Europa, e incluso en la Amazonía, donde fueron testigos del levantamiento rebelde de Tupac Amaru, antes de partir hacia Chile. Durante toda la expedición, que se prolongó durante diez años, Ruiz escribió un diario, en el que volcó no sólo cada descubrimiento sino cuantas cosas les sucedieron, que no fueron pocas: levantamientos rebeldes, destrucción o pérdida de material, motines, desencuentros, desavenencias y deserciones entre los propios integrantes de la expedición...

grandes resultados. Aquella es hoy considerada una de las más importantes expediciones del siglo XVIII. Hipólito Ruiz y sus acompañantes recolectaron más de 3.000 especies vegetales y se hicieron cerca de 2.500

dibujos botánicos a tamaño natural mientras realizaban envíos de semillas y plantas vivas al Real Jardín Botánico de Madrid. En 1788 todas las colecciones llegaron a España. A su regreso, el botánico burgalés recogió en varios libros todos los hallazgos de la expedición, y todavía hoy permanecen inéditos algunos de sus sesudos estudios. La mayor parte del herbario de expedición (supera los 10.000 legajos) se encuentra desde 1831 en el Herbario del Real Jardín Botánico de Madrid.

Como señala Antonio González Bueno, biógrafo de Ruiz, además de su trabajo en la Oficina de la Flora Americana adscrita al Jardín Botánico, «Hipólito Ruiz supo dar nuevos derroteros a su vida profesional. Apenas un año después de llegar a Madrid tras la experiencia americana, el 5 de febrero de 1790 obtuvo el título de boticario por el que se le permitía «asentar y poner su botica pública»; ésta se ubicó en Madrid, en la calle Encomienda esquina a Mesón de Paredes».

Su nueva profesión, apunta González Bueno, «le hicieron tomar parte muy activa en la vida corporativa farmacéutica; entre 1798 y 1806 ocupó el cargo de primer secretario del Colegio de Boticarios de Madrid; en 1814 fue nombrado Visitador de Boticas de Madrid; con anterioridad había rechazado el nombramiento, ofertado en 1809 por el Gobierno intruso, de Examinador Supernumerario del Consejo de Sanidad; pese a ello, su nombre figuró en la relación elaborada por José Bonaparte como adecuados para ejercer la enseñanza de la Botánica». El beliforano falleció en Madrid en 1816.

Tierra de notables boticarios

Burgos ha dado grandes farmacéuticos: el briviescano Carlos Mallaina, el moradillano Mariano Losa o el pozano Benito del Castillo

Quienes reclaman la Facultad de Farmacia para Burgos pueden añadir un argumento de peso a su petición si atienden a la historia. Burgos es tierra de notables boticarios. El beliforano Hipólito Ruiz es el máximo referente, pero no el único, de una larga y extensa tradición de eximios farmacéuticos. Destaca, del siglo XIX, un nombre: el del briviescano Carlos Mallaina. Es considerado uno de los más ilustres farmacéuticos españoles de aquel siglo, hombre «inteligente, culto, laborioso y honrado» y cuya figura «debe ser venerada por todo farmacéutico español», según se recoge en el Diccionario biobibliográfico de farmacéuticos españoles.

Mallaina nació en la capital de La Bureba en 1817 en el seno de una familia de boticarios. Siguiendo la estela, estudió Farmacia en Madrid, carrera de la que se licenció con sólo 20 años. Amplió sus conocimientos en otras disciplinas: química, zoología, botánica, mineralogía, hasta que la repentina muerte de su padre le obligó a abandonar su preparación para ponerse al frente del hogar y de la botica familiar, que estaba emplazada en Belorado. Aquel obligado retiro no sumió a Mallaina en el ostracismo, ni tan siquiera lo deprimió. Desde Belorado puso en marcha una iniciativa pionera: creó la primera revista nacional exclusivamente dedicada a la farmacia. Se llamó El Mensual farmacéutico, y la fundó el briviescano en 1842. Duró poco más de un año, pero según sus biógrafos (Jaime Lorén y Álvaro Ruiz), «dio fe de la existencia de una debilitada clase farmacéutica, de sus ansias de progreso y de saber, también de sus derechos y de sus protestas ante los abusos de que era objeto. Y no debió de ser mala idea por cuanto, tras su desaparición, los nuevos periódicos profesionales que surgieron lo hicieron sobre las pautas que venían ya marcadas del modesto rotativo burgalés». Tras aquella experiencia, Mallaina regresó a Madrid. Obtuvo una cátedra como profesor en Historia Natural. Años después, y tras abrir una botica en Briviesca, intentó en vano acceder a la docencia universitaria. Fue el autor, junto a Quintín Chiarlone, de la primera Historia de la Farmacia. Falleció en Briviesca en 1885.

Un boticario en Miranda. Pocos años más tarde, en 1893, nació en Moradillo de Roa Mariano Losa. Tras licenciarse en Farmacia en Madrid, se estableció años más tarde en Miranda, donde abrió una farmacia. Botánico apasionado, recorrió la provincia hasta convertirse en un experto de su flora. Fue solo el comienzo, porque acabaría siendo un eminente botánico de la flora y la vegetación de todo el país. Hombre sencillo y honrado, fue primero catedrático de Botánica de la Universidad de Santiago de Compostela y posteriormente de Barcelona, plaza que ocupó veinte años, hasta su jubilación en 1963. Llegó a ser director en la Estación de Estudios Pirenaicos de Jaca, integrada en el CSIC.

El último eslabón de esta cadena es Benito del Castillo. Ha sido durante lustros decano de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense de Madrid y ha presidido la Conferencia Europea de Decanos de Farmacia. Nacido en Poza de la Sal y muy vinculado a Arlanzón, este catedrático de Química Analítica es doctor Honoris Causa por universidades como las de Buenos Aires, Sucre o Coimbra.

Videos

TV